

y se mezcla en las sombras del arcano
donde la criatura se redime;
rayo de sol en medio del abismo;
glorioso pedestal del heroísmo
ó cimiento del crimen vergonzoso;
reflejo vivo del pesar en calma....
que con acento que penetra el alma
del que acierta á cruzar aquella calle,
pide y espera, del Señor en nombre,
sin que su horrible situación le asombre
ni el tierno pecho de dolor estalle,
una santa limosna.—La indigencia
abrió sus ojos y meció su cuna,
y ella va recogiendo una por una
las duras penas de su triste herencia.
—Dos lustros contaría, y de su suerte
nunca llegó á quejarse.
Y es que suelen los pobres conformarse
á morar en los ántros de la muerte,
y juzgan la existencia contenida
en las récias batallas de su vida.
¡Pobres desheredados
del goce material de la fortuna!....
por el dolor y el hambre castigados,
al abismo del crimen impulsados
y del vicio nadando en la laguna!....

IV.

Cuando la pobre niña se agitaba
entre el dolor y el hambre,
y con fuerte violencia tiritaba,
y fervorosa á Dios se dirigia
para rogarle que trajese el dia,
observó que pasaba
á muy corta distancia un caballero,
al cual detuvo, y con acento breve,
cortado y lastimero,
«¡Por Dios, una limosna!»
le dijo.—¿Quién se atreve
á negar un socorro á la miseria,
áun el pecho teniendo de granito,
si la miseria vemos encarnada
en un ángel de célica mirada,
de rostro dulce y á la par marchito?
Paróse el caballero de repente
movido á compassion; un pensamiento
de noble caridad cruzó su mente
que á la idea del bien era propicia
y en él cifraba su mayor delicia:
llevó la diestra mano hácia el bolsillo;
mas al hacer tan leve movimiento,

notó con sentimiento
que el levantado embozo se bajaba
y que traidor el frío le atacaba.
Brevemente pensando sobre el caso,
dedujo la sencilla consecuencia
de que aquella clemencia
pudiera originarle algún fracaso;
y al fin, sobreponiéndose
de la conservación el propio instinto
á la ciega y fatal filantropía,
á sí mismo venciéndose,
para evitar la aguda pulmonía
que sobre su cabeza,
nueva espada de Dámocles, veía,
se alejó de aquel sitio con presteza,
dejando á la inocente criatura
llena de admiración y de amargura.
—¿Cómo pensar la mísera cuitada
que un sér bueno y cristiano
la dejara ¡cruel! desconsolada,
por no sacar la mano
del frío á los rigores,
si tormentos mayores
ella sufre y soporta resignada?
¡Qué ignore tal enigma! Si supiera
de aquella decepción el fundamento,
doblemente sufriera;
y para más tormento,

su tierno corazón, nido de amores,
se nutriera del ódio y los rencores.

V.

Cerca del templo do pasó la escena
que ya queda descrita,
al héroe de este cuento le enajena
y le perturba el gozo;
el corazón ardiente le palpita,
y sin poder calmar sus emociones,
súbito baja el levantado embozo,
saca de su bolsillo unos doblones
y los pone en las manos de una vieja
de continente grave,
que acaba de salir de una calleja
y le entrega una llave,
realizado lo cual, desaparece
perdiéndose en las sombras, de improviso,
como el vano fantasma de un ensueño.
Al contacto del hierro se estremece
el rendido galán; mírase dueño
de la llave del *bello paraíso*,
ve realizado su tenaz empeño,
toca los resultados de su audacia,

y por más que los toca y que los mira,
sin medir de su intento la falacia
piensa que leda su razon delira!....

VI.

Sin duda estaba escrito,
y el mal se realizó. De negras sombras
se cubrió temerosa la conciencia,
velóse el ideal del infinito,
y al ofender la duda á la creencia,
muerta la fe y el entusiasmo muerto,
vino á ser el jardin de la existencia
helado y mudo y eternal desierto.

VII.

En la puerta del templo, abandonada
siguió llorando la infeliz mendiga,
por el frio acosada,
á sus débiles fuerzas entregada.
La vieja, portadora de la llave,

de los remordimientos la fatiga
logra calmar contando su dinero;
y el rendido y apuesto caballero
penetra con sigilo,
semejando en su accion al bandolero
más cruel y malvado,
en el modesto y respetable asilo
de un hombre generoso, bueno, honrado,
á quien dos miserables engañaban
y con su propio cieno le manchaban.

VIII.

Al fin lució la matizada aurora
del dia más risueño.
El mundo no repara en el que llora....
Sin duda el padecer es muy pequeño.
—El sol tendió sus rayos sobre el muro
de la vetusta iglesia,
y en sueño dulce y apacible y puro,
sueño dichoso que el pesar mitiga,
cayó gimiendo la infeliz mendiga.

IX.

La máquina del mundo, portentosa,
siguió sobre sus ejes de diamante
rodando silenciosa,
del tiempo aleve por la oscura fosa,
hácia la eternidad—siempre distante
de la febril aspiracion humana
que impotente se agita en el vacío
como arista liviana
juguete dócil de huracan bravío;
mientras la sábia y justa Providencia
con su mision cumplia,
y al triste desvalido protegía....
velando sin cesar por la inocencia.

FIN.

ÍNDICE.

	<u>Págs.</u>
PRÓLOGO..	V
INTRODUCCION.	XXI
I.—Los vividores de café.	1
II.—Los vividores ambulantes.	14
III.—Los levanta muertos.	23
IV.—Los pancistas.	32
V.—Los perdona-vidas.	40
VI.—Los intrusos.	49
VII.—Los pobres de levita.	57
VIII.—Los maldicientes.	66
IX.—Los publicistas de doublé.	73
X.—Los bufos.	84
XI.—Los siete-mesinos.	96
XII.—Los patriotas inocentes.	104
XIII.—Los calaveras de buen tono.. . . .	114

XIV.—Los críticos al por menor.	125
XV.—El padre de familia.	135
XVI.—Los maridos.	146
XVII.—Los hombres superiores.	158
XVIII.—Cardona.	164
XIX.—El patron araña.	170
XX.—La pobre vergonzante.	176
XXI.—Las mujeres comunicativas.	191
XXII.—Las románticas.	201
XXIII.—Las mujeres políticas.	210
XXIV.—De la teoría á la práctica.	221
XXV.—La mujer.	240
XXVI.—El carnaval.	249
XXVII.—La calle de Sevilla.	258
XXVIII.—Las ferias de Madrid.	269
XXIX.—La providencia.	282







1061404

